

por eso dejará de seguir su carrera; y así como ante ese astro deslumbrador del día se eclipsan en el firmamento las estrellas mas brillantes, así tambien por mucho que sea vuestro ingenio os teneis que oscurecer ante Jesus, adora-
ble sol de justicia (4) y de verdad religiosa, cuyos divinos rayos se reflejan con tanto esplendor en el cristianismo.

(4) Malaquias, IV, 2.

CAPITULO VI.

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO: APRECIACION DE LA RESURRECCION DE JESUCRISTO BAJO EL PUNTO DE VISTA MEDICO, HISTORICO, JUDICIAL Y FILOSOFICO.

¿Qué es la resurreccion de Jesucristo? Evidentemente un milagro, y un milagro de primer orden. Analizado ese milagro, ¿qué es? La deducción lógica de dos hechos naturales considerados aisladamente: la muerte real de Jesucristo el Viernes Santo; la vida real de Jesucristo el día de Pasena. Para demostrar la verdad de este milagro no hay mas que establecer dos hechos que son de un orden muy vulgar, y están dentro de los límites mas accesibles de la naturaleza: una muerte y una vida.

Primer hecho. Realidad de la muerte de Jesucristo el Viernes Santo.—Discusion ociosa, tiempo perdido, me dirán quizá ciertos lectores.—Indudablemente aparece así á primera vista, porque si hay un hecho comprobado en el mundo, es el que vamos á examinar. Pero es preciso seguir á nuestros adversarios modernos en todos los subterfugios en que se atrincheran: la verdad nada puede perder en ello; antes bien ganará un nuevo grado de evidencia.

Recordemos aquí en primer lugar la demostracion que hemos dado de la verdad de la historia evangélica, así en sus partes como en su conjunto. Hay que admitirla

ó que desechar toda historia, todo testimonio humano, es decir, dar en tierra con la sociedad, con el hombre mismo; de consiguiente, hay que admitir como bien y debidamente establecida toda la série de la Pasion, cuya narracion se halla por otra parte, en cuanto á los azotes, á las burlas multiplicadas á Jesús, al juicio, á la ejecucion y á la sepultura, enteramente conforme á las leyes y usos de la época (1), y cuyas circunstancias nunca han sido puestas en duda por los mas antiguos enemigos del cristianismo.

De consiguiente es cierto que Jesús, el dia antes de su crucifixion, fué atormentado por las angustias de una agonía moral prolongada; que se vió abrumado bajo el peso de una tristeza amarga y un dolor mortal, que obraron con la mayor violencia sobre sus órganos, hasta el punto de hacerle sudar gotas de sangre, fenómeno de que se han visto otros ejemplos (2), pero que siempre supone un trastorno extraordinario de la economía física del hombre, y por

(1) Véase *De las pruebas y de la autoridad de la revelacion cristiana*, por Chalmers.

Los judíos han conservado el recuerdo de las circunstancias de la traicion de Judas, de los azotes á Jesús, del harapo de púrpura, de los golpes que le daban con la caña por burlarse, y de la coronacion de espinas. (*Historia del establecimiento del cristianismo*, por Bullet).

(2) Las impresiones violentas que resultan de peligros imprevistos ó de grandes temores pueden producir ese fenómeno. Prescindiendo de los sudores de sangre de que hablan Aristóteles, Galeno, Teofrasto, Eresio en su *Tratado de los Sudores*, y Rondelet, se encuentran ejemplos citados por Durrius en las *Efemérides de Alemania* (observacion 179), por Rosimes Lentilius, en la misma obra, por Fagon, médico de la facultad de París, en su tesis del 25 de enero de 1665 (corolario quinto), por Collius (*Tract. de sanguine Christi*), por Gregorio Leti, en la *Vida de Siato V*; por Thou, hablando del gobernador de Montmarin. (Véase la *Biblia de Venice*, revisada por M. Drach).

Médicos célebres, entre los que se cuenta al danés Tomás Bartholin, citan tambien ejemplos de sudores de sangre. Borelli dice haber visto correr hasta lágrimas de sangre. (*Boletín de terapéutica*, por el doctor Miquel).

El doctor Caizergues, decano de la facultad de Montpellier, cita un caso de sudor mezclado con sangre en los accesos violentos de un cólico nefrítico. (*Tesis sobre la crisis*, por M. Numa Ancussy, Montpellier 26 de enero de 1846).

consiguiente, una disminucion considerable de las fuerzas vitales.

Es cierto que Jesús inmediatamente despues de aquella cruel agonía, despues de aquel aniquilamiento extraordinario, fué cogido y atado por los satélites de sus enemigos mortales, satélites indudablemente poco dispuestos á tratar con consideracion á su prisionero; que este fué arrastrado por ellos primero ante Anás y despues ante Caifás, y que allí tuvo que sufrir los tratamientos mas ignominiosos y duros; hofetones y salivas en el rostro, burlas amargas, apóstrofes despreciativos, brutalidades viles de criados, imputaciones injuriosas, calumnias atroces que tan cruelmente debieron abrumar á un alma tan pura y tan noble, y agravar el aniquilamiento producido por su agonía y su horrible insomnio desde el jueves por la noche hasta el viernes por la mañana, en que fué arrastrado como un vil malhechor ante Pilatos, luego ante Herodes, y por último otra vez ante Pilatos.

Es cierto que en casa de este gobernador romano, Jesús, abrumado ya de oprobios y dolores, despues de los largos y penosos debates de que fué objeto, fué sometido al suplicio inhumano de los azotes (1). Ahora bien, ese suplicio debió agotar tanto mas sus fuerzas, cuanto que estaban ya debilitadas, y el objeto de Pilatos, indicado sin duda á los ejecutores, era dar satisfaccion á los encarnizados enemigos del inocente, reduciéndole á un estado bastante lastimoso para poder decirles en la confianza de salvarle: *Aqui teneis al hombre* (2).

Es cierto que á ese cruel suplicio se siguió inmediatamente el no menos atroz de la diadema de espinas, coronacion mas bárbara todavia que insultante, cuyo horrible

(1) «El instrumento con que azotaban los romanos se componia de una porcion de tiras de cuero sujetas á un mango, al extremo de las cuales estaban adaptados pedazos de hierro ó de plomo. Por eso un poeta llamó á esas tiras de cuero *lora horrida*, y otro *horribile flagellum*. (*Historia de N. S. Jesucristo*, por el conde de Stolberg).

(2) San Juan, XIX, 5.

escarnio se divertían los soldados en realzar con escupir, abofetear, dar golpes en la cabeza y hacer genuflexiones burlescas.

Por último, es cierto que Jesús, atormentado hasta no poder más en el alma y en el cuerpo, fué cargado con la cruz; que los dos ladrones asociados á su último suplicio pudieron llevar la suya, pero Jesús perdió sus fuerzas y no pudo llevar el madero hasta el Calvario.

Y casi exánime, por efecto de esa cadena continua de quince horas al menos de horribles padecimientos, así en lo físico como en lo moral, reducido casi al último aliento, fué colgado á la cruz: largos clavos (pues el Evangelio habla de *clavos* (1) y no de *ligaduras*, como le place decir á M. Salvador en su *Historia del nacimiento de la Iglesia*) (2); largos clavos taladraron sus manos y sus pies, rompieron sus venas, abrieron cuatro bocas á su sangre, y ninguna mano amiga pudo restañar sus heridas, por donde huían los restos de su vida.

Los tormentos de la cruz son horribles no sólo por la acción de las heridas exteriores, sino por la cruel posición en que está clavado el paciente, y también por los efectos necesarios de esa posición sobre la circulación de la sangre y sobre las demás funciones de la vida. La presión sobre la arteria principal ó la aorta, debió, según el sábio Rícher, haber producido en el ventrículo derecho del corazón de Jesús una congestión más intolerable que cualquiera otro dolor y que la muerte misma: «las venas y las arterias pulmonares, añade, y las demás que hay alrededor del corazón y del pecho, por efecto de la abundancia de sangre que afluía acumulándose en ellas, debieron añadir terribles sufrimientos corporales á la angustia del alma (3).» Pero esos sufrimientos, resultado necesario de la

(1) Si no pongo mi dedo, dice el apóstol Tomás, en el agujero de los clavos, y mi mano en la llaga de su costado, no creeré.» (San Juan, XX, 25).

(2) *Jesucristo y su doctrina, Historia del nacimiento de la Iglesia*, por F. Salvador.

(3) Jorge G. Rícher, *Disertationes quatuor medicæ*, 1775.

crucifixión para todo condenado, debieron ser mucho más crueles para Jesús, á quien desde la tarde antes nada había faltado de cuanto podía debilitar su naturaleza de hombre, nada en punto á dolores físicos, á angustias morales: humillaciones inauditas y públicas, reiteradas y prolongadas; traición negra, infame de un discípulo, de un amigo; fuga cobarde de todos los demás; triple negativa de Pedro su jefe; vociferaciones injuriosas y furibundas de un pueblo colmado de sus beneficios; dolor presente y expresivo de su madre, testigo de su suplicio, *dolor inmenso como el Océano* (1).

A la verdad, un drama tan largo del que cada escena es una nueva ignominia ó un dolor nuevo; un drama abierto y continuado en la sangre y en la humillación y terminado en la humillación más abrumadora y en la sangre, justifica bastante á los ojos del fisiologista el relato del Evangelio, de que mientras el viernes por la noche todavía estaban con vida los dos ladrones, Jesús había ya muerto. ¿Qué cosa en sí más natural que el último suspiro de aquel *hombre de dolores* arrancado por el suplicio de la crucifixión mucho antes que el de los otros dos condenados que acababan de salir de la cárcel, que no habían tenido que luchar como Jesús con una agonía de sangre, que no habían pasado como él toda la noche anterior en fatigas y tormentos de toda especie, que no habían tenido que devorar hasta en el asilo sagrado del último suplicio los insultos más groseros, las burlas más humillantes?

Aquí, no obstante, M. Salvador viene á constituirse en eco de algunos filósofos racionalistas de más allá del Rin: «A los ojos de los adversarios del milagro, dice, la

(1) Jeremías, *Lament.*, II, 13. «Las causas de los padecimientos morales son infinitamente más activas, más penetrantes que las del dolor físico. Hay dolores morales que matan súbitamente destruyendo la vitalidad en su origen; es una especie de fulguración. Las obras de medicina están llenas de hechos que demuestran la verdad de este aserto.» (*Boletín general de terapéutica*, por Miquel).

muerte de Jesus no habría sido mas que aparente y no excitaria otra idea que la de un largo desvanecimiento, resultado material de dolores profundos. Segun eso, toda la catástrofe de esa horrible tragedia que acabamos de bosquejar quedaria reducida á un síncope! *Opinion extraña*, por confesion del mismo filósofo judío, que no deja por eso de procurar hacerla especiosa; opinion, hipótesis manifiestamente incompatible con los hechos. Porque si se supone un síncope por aniquilamiento, que se nos diga cómo pudo ser precedido inmediatamente de aquel *grande grito* que arrojó Jesus y llenó de asombro al mismo centurion (1). Y si se supone un síncope por congestión de la sangre en el corazón, que se nos diga cómo el lanzazo del soldado no pudo hacer volver en sí á Jesus ó hacerle dar al menos alguna señal de sensibilidad orgánica que hubiese obligado á los soldados á quebrarle las piernas como á los otros dos condenados. Evidentemente el hecho histórico del *grande grito*, ó el hecho histórico del lanzazo destruye el hecho hipotético del síncope.

Pero aun cuando concediésemos esa hipótesis, cuya inadmisibilidad está demostrada ¿qué conseguirían los adversarios del milagro? ¿No ha consignado la Providencia en el lanzazo una circunstancia capaz de quitar todo pretesto á la incredulidad mas suspicaz? En efecto, el lanzazo dado en el costado de Jesus, debió por necesidad, en la posición vertical en que se hallaba, herir de abajo arriba transversalmente, por poco elevada del suelo que es-

(1) San Mateo, XVII, 50.—San Marcos, XV, 37, 39.—San Lucas, XXII, 46, 47. El *grande grito* exhalado por Jesus antes de espirar, se explica perfectamente con su muerte real y la divinidad del cristianismo: es el Hombre Dios que en el extremo de la debilidad orgánica, muestra á los judíos por un acto de fuerza y energía sobrehumanas lo que podría si quisiese; es una elocuente respuesta á sus incitaciones insultantes; es Jesus que realiza lo que habia predicho él mismo, *que moriría porque queria morir, que no le quitarían la vida sino que la abandonaría él mismo, teniendo el poder para recuperarla* (San Juan, X, 18); en una palabra, es Jesus que muere siendo Dios.

tuviese la cruz, y no causó tan solo una *picadura* (1), sino que debió atravesar á Jesus profundamente, partiendo del brazo robusto de un romano, que queriendo asegurarse de la realidad de la muerte del condenado, lejos de dar el golpe con blandura, debió por el contrario darle con toda su fuerza. Conócese además bastante por las palabras de que se vale para expresar la herida, un testigo ocular, San Juan (2), cuyas palabras se ven empleadas con frecuencia para indicar una herida mortal (3): tambien se conoce por el modo con que el mismo testigo nos dice que Jesus, despues de su resurreccion distinguió las heridas de sus manos de la de su costado, invitando al apostol Tomás á medir las primeras *con el dedo* y la segunda *con la mano* (4). Esta distinción supone, en efecto, por necesidad en la del costado una longitud de dos ó tres dedos por la parte exterior; pero para que una lanza cuya punta aguzada se ensancha muy poco á poco hubiese podido hacer una incision de semejante longitud exterior, era preciso que penetrase en el cuerpo hasta una profundidad de diez á quince centímetros. Ahora bien, una incision de esa naturaleza hubiera sido mortal, suponiendo que Jesus no hubiese espirado todavía, porque, por una parte, San Juan nos asegura en los términos mas formales que *vió salir de ella súbitamente sangre y agua* (5), y por otra es un axioma de experiencia médica que la sangría es fatal en el síncope, y con mucha mas razon todavía una sangría tan profunda (6).

Seamos, con todo, mas generosos con nuestros adversarios; dejémosles salir de la hipótesis del síncope en que

(1) Expresion en extremo singular de M. Salvador: no parece sino que en sus sueños anticristianos vió á los soldados romanos armados de agujas.

(2) San Juan, XIX, 34, 35.

(3) Esto lo ha probado el doctor Christian Gruner (*Vindicice mortis Jesu Christi veræ*).

(4) San Juan, XX, 27.

(5) San Juan, XIX, 34, 35.

(6) *Vindicice mortis Jesu Christi veræ*. por Christian Gruner.

tan desgraciadamente se han comprometido y permitámosles hasta suponer una causa cualquiera desconocida de una muerte aparente. La *efusion súbita de sangre y agua* que promovió el lanzazo, denota de una manera cierta ó que fué atravesado el corazón ó que al menos fué abierto algun vaso importante, sin lo cual hubiera fluido la sangre lentamente en vez de *salir súbitamente* (1). ¿Pero no es mas que evidente que la ruptura del corazón ó de un vaso de primer orden hubiera bastado, y mas atendiendo al desfallecimiento estremado en que Jesus debia hallarse, para consumir su muerte y autentizarla á los ojos de la ciencia?

En fin, pongámonos en lo peor: supongamos (cosa imposible y contraria á todos los datos del buen sentido y de la ciencia médica) que, aun despues del lanzazo, no hubiese espirado Jesus; la *compresion de los lienzos y de los vendages empapados en cien libras de mirra y de aloe* en que fué envuelto su cuerpo de pies á cabeza, *segun costumbre de los judios* (2), lejos de contribuir á mantener un resto de vida en el espacio estrecho y cerrado del sepulcro, hubiera producido infaliblemente la asfixia y la muerte (3).

Así es que desde Jesucristo hasta el último siglo no se encuentra el menor vestigio de duda sobre la realidad de su muerte en el Calvario. Ha sido preciso que la frente del racionalismo moderno haya querido ponerse una venda sobre todo antes que abrir los ojos á la luz de la fé cristiana para atreverse á proclamar diez y ocho siglos despues del hecho, no una afirmacion contraria, pues eso hubiera sido demasiado repugnante al sentido comun, sino un *quien sabe*, un *tal vez* que rechazan de consuno con el Evange-

(1) Los médicos Bartholinus, Triller y Eschenbach (*Scripta médico-biblica*, Rostock, 1779) igualmente que Tirinus y otros comentaristas, opinan que el *agua* provino del pericardio, cápsula membranosa que envuelve al corazón.

(2) San Juan, XIX, 39, 40.—Se vé por la historia de Lázaro que era *costumbre envolver* hasta la cabeza. «El rostro, dice el Evangelio, estaba envuelto en un sudario.» (San Juan, XI, 44).

(3) *Vindicta mortis*, etc.—Caroli Fred. Gruner *commentatio antiquaria médica de J. C. morte vera*.

lio y la ciencia médica, la gran voz de los monumentos mas auténticos y de los testimonios solemnes mas irrecusables, y las confesiones mismas de nuestros adversarios aun los mas osados.

Desde el año 33 hasta nuestra época las generaciones humanas han recorrido un camino inmenso; pero cuán fácil es remontarnos hasta allá con la antorcha de la historia en la mano! Yo retrocedo y me detengo sucesivamente ante los diferentes monumentos que encuentro á mi paso: veo y leo la muerte de Jesus en el Calvario, en aquel poste sagrado que erigido á orillas del sendero solitario, indica el camino al viajero ó le tranquiliza anunciándole una próxima hospitalidad: la veo y la leo en esos templos magestuosos, verdaderas pirámides de la fé de las grandes poblaciones, como en la humilde iglesia de aldea, sencillo testimonio de esa misma fé: la veo y la leo en la creencia exterior perpetua y unánime de las naciones cristianas aunque divididas por el cisma ó la herejia, en sus liturgias, en su signo de la cruz, libro viviente reproducido sin cesar, cuyo primer tipo solo se encuentra en el leño venerado del Gólgota: veo y leo la realidad de esa muerte en un concurso de testimonios que no tiene igual. No hay cosa en sí mas cierta que una muerte jurídica; pero ninguna muerte jurídica ha sido mas rigurosamente comprobada que la de Jesus. «¿Quereis la deposicion de numerosos testigos sin carácter legal? Todo un pueblo vió espirar á Jesucristo. ¿Quereis la declaracion de los magistrados civiles? Los escribas y los principes de los sacerdotes confesaron en presencia de Pilatos que el *seductor habia muerto* (1). Por último, la autoridad militar añadió su declaracion oficial (2) á todos esos testimonios (3).

¡Y cuánta fuerza tienen, sobre todo en esto, las confesiones de esos hombres que mas al alcance estaban de sa-

(1) San Mateo, XXVII, 63.

(2) San Marcos, XV, 44, 45.

(3) *Historia de N. S. J.*, por el abate Bergé.

ber la verdad en el asunto, los mas interesados en negar el milagro, cuya base necesaria era la muerte de Jesus, base tan necesaria como el antecedente al consecuente. Evidentemente el Sanhedrin, los rabinos y los sofistas paganos de los primeros siglos debian conocer la verdad del caso; y en sus disputas y en sus obras contra el cristianismo no es posible que desconociesen la importancia de impugnar la muerte de Jesus para echar por tierra de un golpe el prodigio fundamental de su resurreccion. Sin embargo, la reconocieron como indudable: preguntádselo á los judíos modernos y os dirán que sus antepasados no les han transmitido la menor sombra de duda sobre este punto; y entre los antiguos filósofos Celso confiesa formalmente la verdad de él (1). ¡Oh! es que hubiera sido una locura ponerlo en duda, y no lo sería menos en los que quisiesen hoy atacar su certeza: de consiguiente tenemos de ello una certeza capaz de arrastrar en pos de sí el asentimiento mas lógico y mas firme.

¿Y por qué paganos y judíos, filósofos y rabinos contemporáneos ó próximos á la época no hubieran podido, sin incurrir en la censura de locos, poner en duda la muerte de Jesus? Porque para suscitar la menor duda acerca de esa muerte era preciso chocar contra el conjunto completo, inatacable de los hechos notorios de una condena y de una ejecucion jurídicas, mofarse abiertamente del buen sentido público y burlarse á la vez de los otros y de sí mismos; porque las circunstancias que precedieron, acompañaron y siguieron á la crucifixion de Jesus, circunstancias que fueron casi todas obra de sus enemigos, hacian la muerte de Jesus visible y palpable á los ojos y manos de todo el mundo. Tratemos sino de colocarnos en el terreno de la denegacion y de atacar aquí el testimonio unánime de todos los siglos: ¿no quedaremos al punto confundidos, aplanados por la sola deposicion de los enemigos, de los perseguidores, de los verdugos de Jesucristo?..... Figúraseme oírles

(1) Orig. *contra Cels.*

decirnos con el acento tan enérgico de la naturaleza absurdamente calumniada: «¡Pues qué! sabeis que estábamos sedientos de su sangre, que pedimos á voz en grito esa sangre odiosa; que reclamamos ávida y tenazmente esa víctima como una presa que queríamos devorar; que por la violencia de nuestras amenazas sujetamos la mano á Pilatos que quería sustraer á Jesus á nuestro resentimiento, á nuestra venganza: y cuando logramos que nos lo entregara, cuando lo tuvimos en nuestro poder; ¿os atreveis á acusarnos de no haberle sabido hacer morir, de no habernos asegurado de que no escapara á nuestro furor? ¿Cómo podeis desconocer la accion inteligente, la prudencia instintiva de las pasiones humanas hasta el punto de atacar el hecho histórico de que nosotros somos autores y garantes, y cuya verdad confiesan á su pesar nuestros sucesores mas osados en el campo enemigo del cristianismo, aun en vuestros mismos tiempos? Lo que despues de nosotros admiten como cierto Celso y Juliano, y Espinosa, y Wolston, y Edelmann, y los enciclopedistas franceses, y el mismo Strauss, no os haceis gran favor con negarlo (1).»

¿Quiere, pues, examinarse la cuestion de la realidad de la muerte de Jesus el Viernes Santo, bajo el punto de vista histórico? Está resuelta afirmativamente por la historia monumental, oral, escrita; por los enemigos personales de Jesucristo, testigos oculares; por los enemigos del Evangelio, contemporáneos ó próximos á la época; de consiguiente por los hombres que mas interés tenían en rechazar ese hecho, que mas al alcance estaban de apreciar sus circunstancias, y que tienen por garantes de la verdad de su testimonio á filósofos modernos tan avaros, como es sabido, de concesiones al cristianismo. Y bastaria en rigor con la cuestion resuelta afirmativamente bajo este primer concepto: porque ¿á qué extrañas consecuencias no llegaríamos si fuese permitido echar por tierra con un quien sabe un hecho establecido asi históricamente?

(1) Véase *Anales de filos. crist.* III série.